

# Se inaugura el magnífico teatro Albéniz

Se estrena con éxito "Aquella noche azul", de Paso y el maestro Alonso. Presentación de compañía

Desde hoy cuenta Madrid con un nuevo teatro, cuya inauguración saludamos con júbilo: el Albéniz. La tiranía de espacio, y tiempo nos impide rendir homenaje al músico ilustre cuyo nombre se adopta, si bien, por desgracia, no se haya tenido en cuenta igualmente su obra maravillosa primera. El local es lujoso, moderno, cómodo, amplio, perfecto de iluminación, visualidad—el desnivel del patio de butacas la asegura—y detalle; con vestíbulos excelentes, holgadosísimos, y ventanales que autorizan la contemplación de los que permanecen en sus butacas durante el intermedio; además, céntrico, bien comunicado...



Maestro Alonso

En medio de tanta ventaja, señalamos algún fallo. Uno importantísimo, que nos duele en extremo: la pequeñez del foso orquestal. ¿Por qué? ¿No se trata—mil veces se nos ha repetido—de un local en que habrán de alojarse los mejores espectáculos? Ya sabemos la respuesta: pueden suprimirse algunas filas de sillones. Pero, ¿de verdad una Empresa lo acepta, llegado el momento? Algo de esto podría decirse del escenario, de hecho más amplio de los que habitualmente existen en los teatros madrileños, sin duda suficiente para el conjunto de ahora, pero desproporcionado con la sala. Y aun—esto ya absolutamente personal—nos permitimos disentir ante las figuras que decoran la fachada. El ingenio madrileño, siempre despierto, afirma que se trata de un teatro no de Albéniz, sino "de fallas". Nuevo, atrevido..., pero disonante, populachero y chillón. Y nada de acuerdo con la auténtica elegancia del interior.

No es, ciertamente, muy original el asunto de "Aquella noche azul". Nos encontramos ante uno de esos libretos que, pasadas las primeras representaciones, ofrecen amplia oportunidad a los actores para colaborar con el autor, sin delinquir por ello. El interés de la intriga se sustituye con el chiste, con las frases de doble sentido, con la repetición de palabras.

Pero esto gusta al público. Experiencias anteriores lo han demostrado. Y por ello no es aventurado vaticinar una larga permanencia en el cartel a esta obra, en que hay princesas que se casan con el hombre que las ama y al que adoran, oloñales cursas que ceden al imperio de sus pasiones y se obsequian con ramos de flores; toreros, mejicanos matones, mantillas españolas, escenas circenses en que se abofetea repetidamente a un hombre, castizas insoportables, alusiones a las animadoras tristes, recuerdos a Cantinflas, un tartamudo con cierta gracia, sobre todo al cantar, y el manido repertorio que conduce al éxito de taquilla.

Al lado, frases—si no las mismas, hermanas siamesas—que hemos oído cientos de miles de veces: "¡Mi padre, el pringoso!", "Nanay, que se ha muerto el Pichi", la invasión de los "Hunnos" y los otros; la "paella" que es "pa él", "los entremeses y Cervantes", referidos, claro, al aspecto cocinil; la que desea beber porque está "sequita" y "se quita" de delante; el champagne y la sidra—la V(du)da del Oñiteiro—, etc., etc. Pero los espectadores se divierten, que es lo que se trata de demos-

trar... Y el señor Paso, seguramente, no aspiró a otra cosa.

El maestro Alonso posee, desde siempre, gracia y garbo. Esa misma convicción típica con que dirige, se acusa en muchos de sus números, pimpantes, alegres, optimistas. Y esto es lo esencial en el género. Su melodía es fácil, si no muy original; simpática, si no muy inspirada, y llena de sabor. Buen ejemplo ese arranque del tercio cómico—insistimos en la gracia del tartamudo, que encarnó a la perfección Joaquín Roa—y la pujanza de un pasodoble bien visto, en que intervienen las tres primeras figuras femeninas con todo el conjunto, y unos comparsas vestidas de toreros que, sin duda, sobran. En esos números, en el "foz" en que desemboca la canción harayana, en uno lento, que canta la Barandalla, muy del estilo de otros antes aplaudidos, en algún fragmento del cuadro final, están los más felices instantes de la obra, si bien en ella existen otros más ambiciosos y, a nuestro entender, menos logrados, víctimas de las reminiscencias y la vulgaridad.

Aplausos sin cuento, obligaron a repetir la mayoría de los números, y a saludar a los autores al final de los actos, en unión de todos los intérpretes.

La lista de éstos haría interminable nuestra reseña. Marianela Barandalla, guapa, fina, gentil, bien de voz—salvemos la imperfección de sus agudos—y gesto; Milagritos Pérez de León, plena de atractivos, donaire, juventud y casticismo; Angelita Navalón, muy acertada; los bailarines Ivonne y Farrar, justamente ovacionados; Garriga, Roa, Solo, Franco, el trío de estilistas, otro de bailarines, la deliciosa Monique y cuantos intervinieron en el reparto, son dignos de la cita elogiosa, que es preciso extender al numeroso conjunto, en el que abundan las bellas mujeres, esenciales para el mantenimiento de este género de espectáculos, y a la orquesta, muy eficaz.

El vestuario y los decorados, en general, lujosos y de buen gusto. Recordemos a este respecto el cuadro con que da fin la obra. Atulado "Homenaje a las razas ibéricas".

El maestro Alonso pronunció sentidas palabras de gratitud.

A. FERNANDEZ-CID